



La tragedia de Sagunto
Cuadro trágico en verso

Francisco Pi y Arsuaga

PERSONAJES

MENISA, madre de

DORIO, amigo de

MELIO.

Época: año 219 antes de J. C. [3]

Acto único

Decoración: Habitación de una casa en Sagunto. Puertas laterales. Una ventana al fondo.

Escena I

(Entra precipitadamente.)

DORIO

Todo imposible. La muerte

es del todo inevitable.

Sagunto acaba a estas horas

del incendio a los brillantes

y rojizos resplandores.

5

¡Amargo y horrible trance!

La impiedad cartaginesa,

el abandono culpable

de la poderosa Roma,

al abismo nos atrae.

10

[4]

Preciso es rodar por él,

y en sus mil obscuridades

confundirse para siempre;

es necesario lanzarse

a la destrucción sangrienta

15

con la risa en el semblante.

¡Aníbal, maldito seas!...

Si orgulloso y miserable

maltratas al saguntino,

hoy verás que morir sabe,

20

y si es posible vencerle,

es imposible humillarle.

En la sangrienta batalla

que hace poco nos libraste,

has visto rodar cabezas,
25

mas no rodar dignidades.

Prepárate a entrar soberbio:

Entra en la ciudad cuanto antes:

sus ruinas y sus escombros

lograrán avergonzarte.
30

Madres, matad a los hijos

antes de verlos cual arden;

y el crujir de su osamenta

escuchad, al sofocante

calor que la hoguera hambrienta
35

despide al alimentarse.

Hijos, matad vuestras madres...

¡Ah! No, no, no, no las matéis.

Yo tengo también un ángel,

una madre, que a mi ser
40

dio la vida que en él arde.

Una madre enferma, débil,

que a las torturas del hambre

va entregando una existencia

que voy sintiendo acabarse,

45

y que hoy, por mi mal, deseo

que se termine cuanto antes.

¡Ah! ¡Si ahora mismo murieras!

¡Ah! ¡Si en este mismo instante

tus párpados entreabiertos

50

[5]

a la muerte se cerrasen,

y en lánguida y dulce calma

sólo morir me dejases!

Pero, ¡ah!, no, no será así.

Yo mismo habré de matarte;

55

yo te arrojaré a las llamas,

y si no, si no..., implacable

Aníbal, pisando escombros

oír el quejido que lances,

y al encontrar una víctima,
60

un blanco de sus ruindades

vengará en ti las ofensas

que los saguntinos le hacen.

No, no; es preciso que mueras.

¿Y cómo he de arrebatarte
65

de tu vida el soplo tenue,

cuando tú has sabido darme

los ojos llenos de luz,

las venas llenas de sangre?

Pueden matar a sus hijos,

70

en estos casos, los padres,

pues que la vida ellos pueden,

cual se la dieron, quitarles.

¡Pero los hijos! ¡Qué horror!

¡No puede ser..., es infame!... (Pausa.)

75

Y, sin embargo, no hay medio

de evitar tan fiero alarde.

Tú me has dado a mí la vida,

yo las glorias voy a darte,

a ti y a mi patria hermosa.

80

¿Hay algo, madre, más grande

que dar gloria eterna y santa

a la patria y a la madre

infeliz y enferma anciana?

Si yo pudiera salvarte,
85

¿qué no haría, madre mía?

Yo aquí al sitiador cobarde

con fría y serena calma

aguardara, y ya triunfantes

sus pasos cuando sintiera,
90

inmóvil, duro baluarte [6]

fuera de tu pecho el mío;

mas tú, al verme así delante,

sentirías mil torturas

al no poder apartarme;

95

gritarías con tu amor

que a ti sola te matasen,

y al verme al cabo caer

fatigado, jadeante,

herido, sin fuerzas ya,
100

a los pies del miserable,

cerrando mis muertos ojos

y en las mejillas besándome,

sobre mí, de angustia llena,

caerías también cadáver,
105

y mi sacrificio estéril

sería, y la historia, infame,

nos clamaría a los dos

traidores e infames, madre;

porque los que por la gloria
110

de su patria noble y grande,

gustosos a los valientes

no imitan, que ardientes saben

morir cual los héroes mueren,

son indignos y cobardes. (Pausa.)
115

Ocho meses dura el sitio...,

tanto casi cual tus males.

¡Qué mal he hecho, madre mía,

qué mal he hecho en engañarte!

Yo sé, madre, que para héroe

120

tienes corazón bastante,

y hoy mi miedo te diría

lo de este apurado trance;

y tú, matando mi pena,

antes de al fuego arrojarte
125

me ordenarías enérgica

al mismo fuego lanzarme;

mas como yo te he engañado,

como esperanzas al darte,

tu corazón de ilusiones
130

ha llenado hasta saciarle,

¿cómo es posible que yo [7]

hoy a decirte me lance:

Madre, arrójate a esas llamas,

hacerlo es inevitable?...
135

Destrozar tu corazón

no quiero, que el mío amargue.

Si pudiera ser valiente

para helar toda tu sangre

de una puñalada sola,
140

sin que los ojos radiantes

de amor pudieras abrir

para mirar al culpable,

yo lo haría, madre mía;

que ver cuál las llamas lamen

145

tus vestimentas primero,

tu propio cuerpo más tarde,

es imposible, imposible.

¡Oh, madre! ¡Cómo salvarte!

(Se reclina en la pared sollozando.)

Escena II

MENISA. DORIO

MENISA
¡Dorio!

DORIO
¡Madre!

(Volviéndose y mirando a su madre.)

MENISA

Di, hijo mío,

150

¿qué te pasa? ¿Lloras? Di.

¿Marcha mal la guerra?

DORIO

Sí.

MENISA

Muéstrate, hijo, más bravío.

DORIO

¿Cómo sereno he de estar

si vence africano aleve?

155

MENISA

Un saguntino no debe

nunca por nada llorar. [8]

DORIO

Hay momentos, madre mía,

en que llora el que es más fuerte.

MENISA

¿Temes acaso la muerte?

160

DORIO

Ella es mi única alegría.

MENISA

Pues ¿qué causa tu dolor?

¿Qué es lo que así te disgusta?

¿El cartaginés te asusta?

DORIO

No.

MENISA

Pues ¿qué temes?

DORIO

Tu amor.

165

MENISA

¿Mi amor así te acobarda?

DORIO

Tu amor.

MENISA

¿Lo puedes perder?

DORIO

Sí, madre.

MENISA

¿Pues qué va a ser

el mal que tu miedo aguarda?

Di.

DORIO

De perder tu amor huyo.

170

MENISA

Ya sé que voy a expirar;

mas ¿qué me puede importar

mientras yo no pierda el tuyo?

El hambre mi vida acaba;

si esto dura moriré.

175

DORIO

(Impresionado.) No.

MENISA

Hijo mío, ya lo sé

DORIO

Decirte tal no intentaba.

MENISA

Pues ¿qué mal así te tiene?

Se concluye mi paciencia.

Acaba esa reticencia,
180

háblame. ¿Qué te detiene?,

El mayor dolor serena

aguardo con pecho frío;

tu mal, por grande, hijo mío,

me dará la última pena.
185

¿Curó de su enfermedad?

DORIO
Aníbal está ya bueno.

Hace tiempo, de ira lleno,

nos ataca y sin piedad.

MENISA
Es verdad, me lo dijiste.
190

Sin duda lo había olvidado. [9]

Di: Aníbal, ¿ha apaciguado

a los rebeldes? (1)

DORIO
Sí, y triste

por el tiempo que allí empleó,

a su vuelta con destreza
195

y con más cruda fiereza

por vencernos trabajó,

y hasta hoy, desde que vino,

derribando se halla el muro;

pero aunque el muro más duro
200

es el pecho saguntino,

por eso encuentra apostados,

como cerrando la puerta,

tras de cada brecha abierta

quien dé muerte a sus soldados.
205

MENISA
Y la ciudad imperial,

de que Sagunto es aliada,

¿mandó fuerzas?

DORIO
No ha hecho nada

para atajar nuestro mal;

pero si triste memoria
210

dejará nuestra aflicción,

su olvido será un borrón

que ha de quedar en su historia.

Roma olvidó este sufrir;

Sagunto, su olvido al ver,
215

sin Roma no ha de vencer,

sin Roma sabrá morir.

De su honra ella misma es nicho.

MENISA
Quizá su socorro avanza.

DORIO
Madre, no queda esperanza.
220

MENISA
(Con energía.)

¡Eso hasta hoy no me lo has dicho!

La ruina es...

DORIO
Inevitable.

MENISA
¿Peligra nuestra existencia? [10]

DORIO
Peligra.

MENISA
¿No habrá clemencia?

DORIO
Aníbal es implacable.
225

MENISA
¿Ese era el dolor prolijo?

DORIO
Nos barre del mal el cierzo.

MENISA
¿Qué hace Sagunto?

DORIO
Un esfuerzo.

MENISA
¿Y estás aquí y eres mi hijo?

DORIO
Tu amor sólo aquí me tiene.
230

MENISA
Pues ¡oh! Maldito mi amor

si en vez de darte furor

tu brazo al herir detiene.

No hagas de mi amor alarde,

mi amor aliente tu pecho;
235

ve al muro, que ni el derecho

tienes tú de ser cobarde.

En momento tan fatal

como el que ahora está pasando,

para que mueras matando,
240

toma, Dorio, este puñal;

(Saca un puñal y se lo entrega.)

fue de tu padre el temido.

Herir sólo tu afán sea,

lánzate ya a la pelea;

no vuelvas si no has vencido.
245

DORIO

Que te obedezco ya ves.

(Aparte.) Mas es inútil mi exceso.

(Alto.) ¡Madre mía, toma un beso!

MENISA

(Apartándole y señalando con la mano el acto de herir.)

Dáselo al cartaginés.

Yo miraré desde aquí
250

el fragor de ese combate,

y cuando un dardo te mate,

yo iré arrastrando por ti.

DORIO

Mi suerte al cabo se trunca.

Vuelo pronto a mi destino.
255

MENISA

¡Adiós, sigue tu camino!

DORIO

¡Hasta luego o hasta nunca! (Va a salir.) [11]

Escena III

MENISA, DORIO, MELIO; al abrir éste la puerta entra humo.

MELIO
(Entrando precipitadamente.)

¡Dorio!

DORIO
¡Melio!

MENISA
¡Cuánto humo! (A DORIO.)

¿Por qué no vas? ¿Tienes miedo?

DORIO
Ya no es posible hacer nada;
260

ya se propaga el incendio,

que insaciable devorando

va cuanto fue nuestro pueblo.

MELIO

Ya, arrojados a las llamas,

los saguntinos han muerto;
265

quedan en pie pocas casas,

y a éstas ya se ha dado fuego.

De los pobres saguntinos

el muy heroico esfuerzo

de la última noche, nada
270

ha podido. Poco tiempo

nos falta para que Aníbal

entre triunfante y soberbio.

Ha de pisar sólo escombros;

no ha de hallar más que a los muertos.
275

Dorio, date mucha prisa,

sal de tu asombro, que ardiendo

está tu misma vivienda,

y dentro de poco el fuego

envolviéndoos en sus llamas,
280

a los dos dará tormento.

DORIO
¡Qué escucho! [12]

MENISA
¡Qué horrible angustia!

Pero habéis sabido hacerlo.

Sagunto debe ser brava.

¡Al fin, muerte, te contemplo!
285

DORIO
Madre, ¿morir tú? ¡Qué horror!

¿Cómo arrojarte a ese incendio?

Yo no quiero verte arder.

MENISA
Mátame antes.

DORIO
(Con angustia.) ¿Qué hago, Melio?

¡Horrible y mortal angustia!
290

¡Espantable sufrimiento!

MELIO
¡Mátala!

DORIO
¡Matarla!

MELIO.
(Marchándose.) ¡Pronto!

DORIO
¡Madre! ¡Melio! No me atrevo.

MENISA
Dame, Dorio, tu puñal.

DORIO
Tómale. (Dándosele.)

MELIO

Adiós. (Vase.)

MENISA

(Intentando herirse y sin fuerza.)

¡No, no puedo!

295

DORIO

A ver: el incendio crece.

(Abre la ventana y se ve mucho humo.)

MENISA

¡Mátame, que yo no quiero

sucumbir entre esas llamas!

¡Mátame, yo te lo ruego!

Ya mi agonía se acerca,

300

todo es cosa de un momento.

DORIO

¡Angustia, suprema angustia!

MENISA

(Abrazándole.)

¡Mátame pronto, que el fuego,

con su calor asfixiante

y con su humo horrible y negro,
305

me está ahogando; mátame!

Ya has visto que yo no puedo.

DORIO

¡Madre, madre, madre mía!

MENISA

¡Mátame, yo te lo ordeno!

¡Mátame; ya escucho ruido!
310

Acaso ya Aníbal fiero

está Sagunto pisando;

que no encuentre más que muertos.

¡Mátame! (Se desmaya en brazos de Dorio.) [13]

DORIO

Sí, sí, es Aníbal. (Mirando.)

Ya miro su fuerte ejército

315

entre el fulgor de las llamas

dibujándose siniestro.

Ya escucho el seguro paso

de esa banda de soberbios;

ya escucho sus roncadas voces,

320

ya los miro, ya los veo.

Su tétrica carcajada,

a los escombros volviendo

las miradas codiciosas,

a mi oído trajo el eco.

325

¡Gózate, Aníbal, en tu obra;

contempla, sí, lo que has hecho;

mira lo difícil que es,

humillar a un noble pueblo!

Pensaste en hallar riquezas,
330

y hallas sólo a tu saqueo,

cadáveres y cenizas,

escombros de lo que fueron

las chozas que cobijaron

al saguntino. Recuerdo
335

quedará eterno en la historia

de tu hazaña y nuestro ejemplo.

Y tú Roma orgullosa,

que apartaste a Sagunto desdeñosa,

cuando impetró afligida protección,
340

temblarás a la voz de Aníbal fiero,

y oirás todos los días,

en medio de tus orgías,

de este pueblo la horrible maldición.

(Mirando a su madre.)

Duerme mi madre en lánguido desmayo:
345

cerrados ya sus ojos,

no lanzan de su amor el dulce rayo,

ni muestran el furor de sus enojos.

Ahora tu afán prolijo

no ve tu propio mal.

350

[14]

Acaba tu martirio y pronto muere,

pues que saber no puedes que te hiere

de tu adorado hijo

el acerado y fúlgido puñal.

¡Adiós; mi amante exceso

355

va a desatar los hierros que te oprimen,

y por sacar aquí tu honor ileso,

va a cometer el maldecido crimen!

¡Adiós, madre querida,

seguiré de tu fin las tristes huellas!

360

¡Adiós! ¡Así dormida

en los amantes lazos

de mis fornidos brazos

encuentre de una vez su fin tu vida!

(La hiere y la besa.)

Ya suena el ruido fatal
365

del crujir de las maderas. (Crujen.)

Ya va a concluirse mi mal.

¡Adiós, mis pasiones fieras;

adiós, sombras del averno;

adiós, tempestad que brama;
370

(Arrojando al suelo el cuerpo herido de la madre agonizante.)

tú a dormir el sueño eterno,

yo a morir entre las llamas!

(Abre la ventana. Se ilumina todo del rojo resplandor del incendio. Se arroja por la ventana. Cuadro. MENISA se revuelca sobre el suelo en el estertor de la agonía. Telón.)

FIN

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

